

Es propiedad registrada



Evítese el acostumbrarse á elevar demasiado el valor poético de Horacio, y estése dispuesto á verlo descender considerablemente.

K. LEHRS, *Horatius*, p. LXXV.

Cs un volumen esmeradamente impreso, de esbelto y elegante formato, lujoso papel japon, texto encuadrado á rayas rojas al cruce, y editado en número escaso de ejemplares: golosina de bibliófilos; un incentivo más para los eruditos; grato y muy sabroso pasatiempo para los aficionados á lo clásico, y un nuevo esfuerzo, poderoso y noble, en bien de las letras horacianas.

A riesgo, y más aún, con la abrumadora certeza de no agregar nada nuevo á lo que abundantemente se ha escrito acerca de Horacio y de sus traductores, me aventuro á recoger algunas impresiones que me ha sugerido la lectura de ese libro, en que Joaquín D. Casasús coleccionó las odas que del poeta latino ha trasladado al castellano. A ello me induce una frui-

ción muy viva que hallo en este género de estudios; el tratarse de uno de los modelos, impedidamente bellos, que la antigüedad nos legó; el afecto entrañable y sincero que al traductor profeso, y cierta indignación, que no sé reprimir, ante la estúpida indiferencia ó la malignidad bestial con que se va acostumbrando recibir entre nosotros¹ las manifestaciones meritorias de toda inteligencia que naturalmente sobresale de la caterva de medianías que invade cierta prensa (y aun, por desgracia, nuestro núcleo social), de quienes unos dedícanse á vociferar ultrajes, tan soeces como inofensivos, y otros á guardar obstinado silencio cuando se trata de elogiar algo bueno. Signo todo ello de incompetencia, de envidia, de imbecilidad.

Para quien conoce el ardor infatigable que pone Casasús en todo lo que emprende, la fe y el entusiasmo con que trabaja y el cariño con que alimenta en su espíritu la gorjeadora ave-cilla literaria, no es un misterio que, dentro del agitado torbellino de negocios en que vive co-

¹ Ya escrito lo presente, publicó «El Domingo», de Guadalajara, un fragmento de un juicio crítico sobre las traducciones de Casasús, debido á la entendida pluma de Victoriano Salado Alvarez. Por lo publicado no se puede juzgar de la importancia crítica ni tendencia general de dicho juicio.—Otro literato jalisciense, el Lic. D. José López Portillo y Rojas, dedicó, según me han dicho, en el referido periódico, un artículo en elogio de la misma obra. Bien se ve cómo en los Estados se consagra mayor atención que aquí á las producciones literarias.

mo abogado de notoriedad indisputable, como financiero y economista de grande importancia y prestigio en la alta banca, y como distinguido personaje político, logre todavía consagrar á la literatura las horas de profunda meditación y laborioso estudio que ha necesitado para hacer las traducciones del referido tomo, y las otras muchas, inéditas en su mayor parte, de Catulo, Tibulo, Ovidio y Juvenal, y de Leconte de Lisle, Coppée, Heredia (á más de algunos ingleses¹ y tal cual italiano), cuando de los buenos tiempos romanos descende con no menor placer á la brillante literatura contemporánea. Su inteligencia, hecha á las variadas adquisiciones de su amplia ilustración, reconoce y admira lo bueno en donde quiera, y gracias al orden escrupuloso de su vida, sabe hacer fructificar el tiempo que dedica á la lectura amena, lejos de convertirlo en mero diletantismo estéril. Así, quizás, halla reposo á la gravedad de sus ocupaciones serias, pues siempre, creo yo, será menos ingrato buscar el efecto de un epíteto que calcular una operación de bolsa, y encadenar las estrofas de un poema que las razones de un alegato de bien probado.

¹ Parece que la primera traducción de aliento que emprendió Casasús en sus mocedades, fué la del hermoso poema de Longfellow «Evangélica», que fué muy gustado, dió á su autor reputación literaria, y ocupó en su elogio nada menos que la pluma del ilustre maestro Altamirano.

Entre sus poetas favoritos, preciso era que se contase Horacio, cuya elegante seducción cautiva fácilmente.

En efecto, ningún poeta de la antigüedad ha sido más traducido, ni imitado, ni comentado, ni leído. Hablando de las tres grandes figuras del renacimiento, dice el historiador alemán Geiger: «A Dante lo admiramos, celebramos á Petrarca, pero á Boccaccio lo leemos.»¹ Lo mismo pudiera decirse de los tres mayores poetas del siglo de Augusto: el épico y didáctico Virgilio, el elegíaco y mitológico Ovidio, y Horacio, el único que cultivó durante aquel magno reinado la poesía lírica y la *satura*. De entonces acá (en el trascurso de veinte siglos) su nombre ha ido adquiriendo celebridad más grande, su influencia ha penetrado en todas las literaturas, sus obras no cesan de propagarse en reiteradas ediciones, sus versos renacen á todas las lenguas en variados ritmos. *Non omnis moriar*, dijo él modestamente, porque pudo decir: *Non unquam moriar!*

Sólo entre los traductores castellanos cita Menéndez Pelayo en su *Horacio en España* ciento sesenta y cinco (á los que agrega cincuenta portugueses, un gallego, dos asturianos y diez ca-

¹ Colección Oncken, vol. VII, *El Renacimiento y los estudios de humanidades en Italia y Alemania* por el Dr. L. Geiger, cap. IV.

talanes), de los cuales, seis fueron traductores completos, otros tantos de todas las odas, y el resto ya de las sátiras, ya de las epístolas, ya del *Arte Poética* ó de odas sueltas. Y eso que de 1885, en que apareció la segunda edición del libro de Menéndez Pelayo, al presente, no han escaseado en España ni en América nuevos traductores, incluso el mismo insigne autor de ese erudito libro. De sudamericanos parece haber considerable número, mas no conociendo yo más que las versiones, medianas en general, de Pombo, de D. Eduardo de la Barra, de Magnasco y de Mitre, me abstengo de agregar cinco ó seis nombres más que sólo sé de oídas.

Por lo que toca á México, nadie hasta ahora ha traducido á Horacio en su totalidad, y sólo se le ha vertido parcialmente. Entre sus traductores más recientes, cuéntanse Roa Bárcena, el Obispo Pagaza, un sacerdote que firma Elio Turno Zamorano, Ambrosio Ramírez y ahora Casasús. De los cuatro primeros, Pagaza es quien ha hecho mayor número de versiones¹, y aunque á menudo se aleja en ellas mucho de traducir fielmente, sabe, como hábil intérprete que es y delicadísimo poeta, conservar extraordinario sabor horaciano y cierta inspiración viril

¹ El Sr. Pagaza se propone traducir todas las Odas, y á ello se está dedicando con empeño.

y arrobadora, muy semejante, y superior á veces, á la de su modelo. Como desde hace años tengo á medio hacer acerca de él un estudio especial, que ocupaciones de diversa índole me han impedido terminar, reservo para más tarde el expresar mi desautorizado juicio á su respecto. En cuanto á Casasús, objeto de este artículo, merece que preferentemente se le estudie, aun cuando sólo fuese en atención á que su trabajo es el más extenso de todos, consideración, en verdad, de segundo orden, insuficiente y baladí en sí misma, si no hubiese otras de más peso, que de suyo irán presentándose en lo que intento exponer luego.

¿A qué se debe la continua seducción que ejerce el poeta latino sobre las inteligencias cultivadas, su dominio real y vigoroso en medio de la desbandada inevitable y la perenne resurgencia de tantos ideales artísticos, como han presenciado las generaciones subsecuentes? ¿Por qué en nuestros mismos tiempos de retroversión contra el pasado, de rebelde pugna contra las tradiciones, cuya sujeción rechazan los cerebros con altivez excesiva, y de perquisición casi enfermiza de las sendas más intrincadas y escabrosas, con tal que hayan permanecido vírgenes de otras huellas, continúan cautivando el entendimiento y regocijando los oídos los indo-

lentes cantos de un cortesano de Augusto, menos dulce que Virgilio, menos conmovedor que Ovidio, menos vigoroso que Lucrecio, é incomparablemente menos fresco, lozano y original que cualquiera de los grandes líricos griegos? El secreto de ello está seguramente en el encanto del lenguaje, en esa forma inimitable, castigada, preciosa, exquisita, bruñida, única; debida en parte á la perfección á que había llegado entonces el idioma latino, en parte á la educación helénica de Horacio; pero muy especialmente á su característico buen gusto. Y como el gusto depurado, transparente y limpio es suprema condición de la belleza plástica, que es lo único que sobrevive á las ideas siempre mutables, á la creación imaginativa siempre perfectible, á los ideales artísticos siempre renovados, á los géneros literarios perpetuamente sustituidos, abandonados ó repuestos, porque habla á los sentidos con sus líneas y al entendimiento con la habilidad en la ejecución, y tal soberana cualidad la poseyó Horacio como pocos, en ello indudablemente estriba su triunfo secular y su prestigio inmenso. No poco ha de contribuir, sin duda, al mismo efecto, el carácter de esa poesía jovial á veces, sentenciosa las más, pulida siempre, pindárica por excepción, y de continuo impregnada de cierta delicadeza negligente y de buen tono.

Teuffel, escrupuloso historiador de la Literatura Romana, juzga al poeta en estos términos: «Horacio es un ser de elección delicadamente organizado. No hay que buscar en él ni atrevida fantasía, ni ideas y sentimientos que hacia lo ideal tiendan el vuelo, ni ese temperamento arrebatado que infunde en los demás el fuego que lo anima. Pero sí le hallaremos una claridad incomparable, un espíritu sosegado al par que libre, el profundo conocimiento de sí mismo y de los demás. Firme y leal para con sus amigos, sólo muestra severidad hacia sus enemigos. La independencia de su carácter le hace penosa la residencia en Roma, y preferible la vida tranquila de los campos. Sus opiniones políticas y actitud hacia Augusto ponen en continuo conflicto su amor á la independencia y su buen sentido en comprender lo que es posible en circunstancias dadas, y lo que es inevitable; en lo cual sigue también la línea media, de la que es tan difícil no desviarse, sin desagradar por una parte y sin comprometer su dignidad por otra. Horacio no es un hombre de oposición, pero observa una conducta política decente. Su filosofía es la de la edad madura, en que las pasiones se han amortiguado y la muerte está á la vista. Se presenta, pues, bajo dos aspectos: saboreando con placer las dulzuras

que le ofrece la vida, y mirando con resignados ojos lo que ella le rehúsa; se mueve de preferencia en los tonos medios y los acordes moderados. Adquirir una quieta ecuanimidad que no turben las tempestades interiores, ni los sucesos extraños, ni las pretensiones ajenas, es el objeto á que sin cesar se endereza. La razón dió á su gusto gran firmeza, y á su lenguaje, el encanto que no le abandona sino cuando es impotente para expresar sus propios sentimientos. Nada más lejos de él que la hinchazón y el rebuscamiento. El conocimiento que posee de los límites de la naturaleza humana, lo hace expresarse de su propia persona con cierto buen humor; y con ironía, de los personajes que se dan importancia: ironía que se traduce de un modo festivo y con ligeras tintas de malicia que rebosan la ingénita bondad del poeta.»¹

Se puede considerar á Horacio como el primer poeta lírico que floreció en Roma, y aun él mismo lo creía así.²

De ello se envanecía diciendo que él, antes

¹ W. G. Teuffel. *Histoire de la Littérature Romaine*, Paris, 1883, vol. II, § 235.

² Véase *Littérature Latine* por François de Caussade, Paris, 1895, pág. 280, y la *Histoire de la Littérature Latine* de René Pichon, Paris, 1897, pág. 296.—Estas dos obras y la de Teuffel, clásica en la materia, me han servido principalmente de guía y aun de ayuda para varias de mis apreciaciones. Compláceme declararlo desde luego, para aligerar de citas el presente ensayo.

que nadie, «había hecho vibrar las cuerdas de la lira latina,» olvidándose de Catulo que, no obstante sus resabios de rusticidad primitiva y la grosería y crudeza de términos de sus invectivas, supo con frecuencia revestir sus palabras de fina y mundana elegancia, y burla burlando describía al barbilindo de hermosos dientes que de continuo los enseña¹; al autor prolijo que escribe diez mil versos en pulidísimo papel (*charta*)²; al compañero de mesa que extraía los pañuelos de los inadvertidos (*linthea negligentiorum*)³; al amigo que pretendía birlarle un esclavo, objeto de sus amores, (sábese cuánta libertad para el amor había en aquellos tiempos entre los progenitores de la moderna Italia)⁴ sin ocultar sus insinuaciones de Catulo mismo, á quien obligaba á amenazarle con un castigo ultraobsceno (*tangam te prior irrumatione*)⁵, y que, en medio de todo, conservó la conciencia de hacer un libro agradable y delicado (*lepidum libellum*)⁶.

¹ Postgate, *Corpus Poetarum Latinorum*, vol. I, Catullus XXIX: *Egnatius, quod candidos habet dentes.....*

² Ibid. Cat. XXII.

³ Ibid. Cat. XII.

⁴ Son curiosas las palabras de Menéndez Pelayo respecto á esas costumbres que, dice, «no tuvieron nunca que aprender de nadie los herederos de la antigua Sibaris, de la imperial Caprea y de la que Horacio llamó *otiosa Neapolis*, si hemos de atenernos á la común opinión y á los testimonios de la historia.» *Antología de Líricos Castellanos*, tomo VI, pág. CCCLXXV.

⁵ Postgate. Cat. XXI.

⁶ Ibid. Cat. I.

Mas Horacio, con ser, como Catulo, imitador de los griegos, y aun traduciéndolos á veces, creó un género lírico que le pertenece y le da lugar entre los poetas de primer orden. No fué el suyo el lirismo griego que había quebrantado la uniformidad de la epopeya, independizado los dialectos locales, quitándole todo género de trabas al estilo, infundiendo vivacidad á las emociones, enardeciendo la imaginación con el brillante aparato de la ejecución musical, y contribuyendo con todo ello á excitar la osadía del poeta, para pasar sobre las reglas ordinarias, á darle extraordinaria libertad en la creación de giros, de formas de estilo, de las palabras mismas¹. Horacio, independientemente del carácter y forma de sus pensamientos religiosos, morales ó ligeros, expresó en hermosos versos ideas razonables, mezclando á los fantaseos de la imaginación lecciones de buen sentido². No tuvo el poderoso alear y el vuelo de águila con que se encumbran Esquilo, Píndaro, Dante, Shakespeare, Hugo, y ¿por qué no decirlo? nuestro Díaz Mirón. Espíritu al par moderado y festivo, es á menudo frío cuando celebra la gloria pacífica del reinado de Augusto. Explícate esta frialdad por

¹ *Histoire de la Littérature Grecque* por Alfredo y Mauricio Croiset, vol. II, págs. 9, 11 y 12, y en general, los ocho hermosos capítulos dedicados al lirismo griego.

² René Pichon, *Historia de la Literatura Latina*, cap. VII.

el carácter político de los romanos, por el de su religión poco favorable á los arrebatos líricos, por la ausencia de vivacidad y de profundidad en sus impresiones¹. Entre ellos, la poesía lírica no tomaba parte en todos los sucesos de la vida privada, como entre los griegos. No creían en los sentimientos que son el fondo esencial de ella, y como tampoco creía Horacio, le abandona á veces el aliento poético, predominando los procedimientos ingeniosos del artista incomparable. Escribió, con todo, hermosas odas (libros III y IV) inspiradas por la vida cotidiana, en las que se reúnen pensamientos elevados, forma pulida, genio enardecido por el patriotismo romano.

Las Odas son la parte más brillante de la obra de Horacio como forma, aunque la menos original por el fondo. Mas si cantó ideas y sentimientos á menudo expresados antes que él, hizo de un modo que le es propio; «los ha repensado» según una expresión de Goethe. Los numerosos comentadores que ha tenido, examinando con minuciosidad escrupulosa los 200 fragmentos que quedan de los líricos de Grecia, han podido estudiar los procedimientos de la labor de Horacio². Discípulo y admirador de los

¹ Caussade.—*Littérature Latine*.—Horace, págs. 276 á 298.

² Wickham en su edición de Horacio (*The Works of Horace with a commentary*, Oxford, 1896, 3d. edition), incluye los fragmentos grie-

griegos, tradujo ó imitó más de 100 trozos de los poemas de Arquíloco, de Alcmán, de Alceo, de Estesícore, Baquilides y otros más. Las únicas odas que muestran el sello de una inspiración personal, son aquellas en que celebra á Augusto y su familia, y en las que se indigna contra los vicios de su tiempo, y aun en ellas son numerosos los recuerdos de la musa griega. Pero hasta cuando traduce ó imita, sabe expresar de un modo particular lo que se apropia. Jamás lo acusaron sus contemporáneos de falta de originalidad, ó si algunas inculpaciones se le hicieron, no han sobrevivido. El espíritu positivo de los romanos era, por lo demás, poco sensible á la invención en literatura, sobre todo en poesía. Luchar contra las dificultades de un texto griego y reproducirlo en una lengua viril, con ritmos nuevos, les parecía ya suficiente mérito. Bastábale al poeta dar acento romano á las ideas y á las imágenes, en lo que Horacio fué impecable. La sobriedad de estilo y cierta ener-

gos y latinos conocidos que imitó ó tradujo Horacio, ó que tienen alguna relación con sus producciones. El trabajo de Wickham es propiamente de recopilación de otros anteriores, especialmente de los comentadores alemanes, pero su modo de ser es muy personal, y tiene, para mi gusto, el mérito de desentenderse un poco de la interpretación gramatical y retórica, que ha abstraído á la gran mayoría de editores y escoliastas, para penetrar más en el pensamiento del poeta y examinarlo en su aspecto literario. ¡Ojalá se avanzara más por este camino y se llegase á explicar á Horacio como poeta, á la luz de la psicología contemporánea!

gía que agregó á la gracia un tanto muelle de los griegos, hicieron desaparecer en él toda apariencia de imitación servil.

Los esfuerzos de Horacio para condensar en pocas y expresivas palabras lo que quería decir, no impidieron que el poeta diese á sus estrofas extraordinaria suavidad y muy grande variedad de ritmos, eligiendo entre las combinaciones métricas de los griegos las más conformes con el genio de la lengua latina. Llegó á emplear hasta veintidós clases de metros, y sólo del griego imitó diez y nueve ¹.

Para describir el estilo de Horacio en las Odas, no puedo hacer cosa mejor que trasladar aquí, traducidas en sustancia, y no al pie de la letra, las palabras con que lo expone René Pichon, en su Historia de la Literatura Latina, ya citada. Dice Pichon: «El estilo de Horacio ablanda y rompe el macizo período latino para sujetarlo á las exigencias de los metros ligeros, creando una lengua lírica en el pueblo más prosaico. No lo consigue sin esfuerzos, ni logra aligerar por completo la pesadez primitiva. Los resultados de semejante trabajo no pueden apreciarse sino leyéndole atentamente,

¹ The Metres adopted by Horace from the Greek are thirteen in number in the Odes, and six in the Epodes. J. Maclean, *Horatii Flacci Opera Omnia*, with a commentary. 4th. edition, London, 1894.

desmontando pieza por pieza esa máquina delicadamente ajustada. Entonces se descubren todos los procedimientos del estilo, los arranques de un ataque inesperado y vivo, el remate de las estrofas ó de las composiciones dedicadas á reforzar una idea importante ó una imagen enérgica, los *rejets*¹ que destacan las palabras de valor, las inversiones que permiten aproximar los términos que se avienen ó se oponen, las alianzas de vocablos ingeniosos ó fuertes. Estos procedimientos no miran sino á expresar las ideas en toda su plenitud, jamás se halla vacía la forma; su belleza le viene de su exacta adherencia al pensamiento. Artista de las palabras, Horacio es también artista de los ritmos. Naturaliza en Roma las combinaciones estróficas de Alceo, de Safo, de Anacreonte, de los Alejandrinos; pero la métrica griega, un poco flotante, se solidifica en él. Además, da á cada uno de los ritmos principales un destino especial. Reserva las estrofas asclepiadeas para las canciones amorosas ó báquicas, para los billetes íntimos, para los recuerdos personales. Emplea el metro alcaico en las grandes odas patrióticas ó filosóficas, en las piezas de aparato ó de encargo. Es el más vivo y variado, y

¹ «*Rejet poétique*, mots rejetés d'un vers sur le suivant.» — Hatzfeld et Darmesteter, *Dictionnaire Général de la Langue Française*, vol. II.

también el más amplio y continuo; el que mejor se presta al ímpetu, al período, al movimiento oratorio del pensamiento. El metro sáfico, más monótono, más tranquilo, con su cláusula, que marca una pausa, sirve para producir una impresión de gravedad y de paz; el autor lo usa en las poesías religiosas, en las meditaciones morales ó en las odas amorosas impregnadas de un sentimiento apacible. Esta exacta correspondencia revela al artista atento al valor de los recursos del arte, al romano en todo minucioso del orden y la regla, al clásico cuidadoso del acuerdo entre la forma y el fondo.»

El idioma favorecía estos propósitos por la perfección que había alcanzado en aquel siglo. Ya no era la lengua inculta de las XII tablas y de los edictos que aprendían los niños de memoria ¹, al uso de los administradores, juristas y ejecutores de justicia; ya no era sólo la lengua propia para las inscripciones, por concisa, clara y desembarazada del obligado cortejo de artículos, pronombres y partículas que alargan, con grande utilidad sintáctica, la frase griega, y á veces superabundan en la castellana; ya no era únicamente la lengua que convenía á los ritua-

¹ Madvig. *L'Etat Romain*, tomo III, cap. VIII.—Cicerón, *de Legib.*, II, 23: «Discebamus enim pueri duodecim ut carmen necessarium, quas jam nemo discit.»

les religiosos que, entonces en las ceremonias del Capitolio, y hoy todavía en la liturgia católica, fija en términos inmutables la oración consagrada ¹; ya no era, en fin, la lengua latina, sino la romana, la literaria, la de la gente culta, la de los autores clásicos, el *sermo urbanus*. Bien que esa lengua no poseyese el maravilloso crisol del fonetismo griego, que funde las desinencias al radical, eufoniza los choques de las consonantes, diptonga fraternalmente los sonidos ó los armoniza en vocales simples, facilitando así la composición morfológica de las palabras y su enlace en períodos eurrítmicos y floridos: los gramáticos, los historiadores, los oradores, los poetas (los poetas sobre todo, que tienen el don de rejuvenecer, esculpir y abrillantar el lenguaje) la habían sacudido de su antigua rudeza, haciéndola en ocasiones sonora, rápida y fulgurante ². Tamaña maravilla fué obra directa del helenismo, cuya introducción en aquel

¹ «Uno de los rasgos característicos de todos los actos del culto romano, es la precisión rigurosa con que de antemano se fijaban los menores detalles de forma y de redacción (*ritus, rite, verba concepta, carmen*); cualquier descuido, el menor error cometido por imprudencia (*vitium*) incurría en castigo. Este culto, en cambio, no comporta ni el fanatismo, ni el entusiasmo de las ceremonias báquicas, ni el salvajismo y las mutilaciones corporales de las religiones asiáticas; el ascetismo sombrío, semejante al de los egipcios y de los hebreos, era igualmente antipático á los romanos.—Madvig., obra citada, tomo V, cap. II: *Le culte publique*.

² Curtius. Gramatica della Lingua Greca, Turín, 1890 (cito el ejemplar que poseo).—Esta obra, no obstante los progresos extraordinarios de los